

RESEÑA DE ARTICULOS

V. VITELLO: *Sulla struttura analitica del sistema di valori relativi in la teoria de K. Marx.* - *Giornale degli economisti e annali di economia.* Maggio-Giugno 1963.

En las tentativas seguidas para demostrar si puede considerarse lógica la solución dada por Marx al problema de la determinación de los valores de cambio, una de las controversias más fuertes se centra en la compatibilidad entre la teoría-trabajo del valor, tal como aparece en el volumen I de "El Capital", y la teoría de los precios de producción del volumen III publicado póstumamente por Engels.

El artículo que comentamos defiende la existencia de un nexo lógico entre ambas teorías y trata de establecer el equilibrio económico general a través de una formulación analítica en que los precios vienen determinados por la cantidad de trabajo empleado para producir los bienes y por el valor de la tasa de ganancia.

El análisis se aparta realmente de la sistemática seguida por Marx al no considerar la diferencia entre el valor de uso y el valor de cambio del trabajo en la producción capitalista, así como de toda la teoría de la plusvalía basada en tal diferenciación. Todo el planteamiento marxista de la plusvalía no tiene cabida en el esquema que presenta, puesto que, al no introducir en el proceso productivo la noción de capital fijo,

la tasa de ganancia es idéntica a la tasa de plusvalía.

Ello lleva implícito una identificación entre las dos teorías antes apuntadas por cuanto el valor-trabajo se identifica con el precio de producción, dada la existencia de una tasa de plusvalía uniforme.

Por consiguiente, la no consideración del capital fijo anula fundamentalmente el valor del análisis realizado por Vitello desde el punto de vista de defensa del esquema económico marxista y lo reduce a un mero ejercicio algebraico, en el que se determina la posibilidad de resolución de las ecuaciones de los precios a partir de la cantidad de trabajo "simple" empleado en los diferentes momentos de la producción y la dimensión de los respectivos períodos de producción.

En la formulación adoptada el equilibrio económico general se determina por las siguientes ecuaciones:

$$P_i = \sum_{j=1, \dots, n} L_{ij} (1+r)^{t_j} \quad (i = 1, \dots, m) \\ \sum_{i=1, \dots, u} L_{qi} (1+r)^{t_i} = 1 \quad (i = 1, \dots, u)$$

Las m primeras ecuaciones ligadas el

precio de producción de las mercancías a la cantidad de trabajo

$$L_{i_1} + L_{i_2} + \dots + L_{i_n} = L_{i_1}$$

empleado para producirlos y a la tasa de ganancia "r", habida cuenta de los respectivos períodos de producción.

La última ecuación toma como unidad el salario real simple obtenido como expresión del coste de un determinado complejo de mercancías

$$\sum K_i P_i = 1$$

cuya transformación da lugar a la ecuación de cierre antes indicada, que permite deducir el valor de la tasa de ganancia si se conocen las cantidades de trabajo $L_{w_1} + L_{w_2} + \dots + L_{w_n} = L_w$, requeridas para producir dicho complejo básico de mercancías y sus respectivos períodos de producción.

La ecuación del salario simple real puede ser sustituida por la siguiente $\sum K_i P_i = a$ siendo $a \leq 1$. Cuando "a" es menor que 1 ello supone que el trabajo recibe una parte de la plusvalía si adoptamos la concepción marxista de dicho término.

Dejaremos a un lado cuestiones tales como la de la reducción del trabajo "complejo" a trabajo "simple", es decir, la transformación —fuera del mecanismo económico de la distribución, de las diferencias cualitativas del trabajo en meras diferencias cuantitativas; las dificultades de conocimiento de los períodos de producción; el tema de la "composición orgánica" del capital—, olvidado al no introducir el capital fijo la diferencia entre precios de producción y precios de mercado y la consideración de los precios medios implícita en toda la formulación marxista. No se trata de una crítica del planteamiento de Marx, sino de ver hasta qué

punto se ha resuelto la controversia indicada al principio.

Vitello, al indicar que L_i y L_w expresan el "trabajo necesario" en la terminología de Marx, parece haber resuelto el problema. Los precios de producción son función de la cantidad de trabajo y de los períodos de producción, únicos datos precisos para resolver el equilibrio general del sistema.

Para Marx el valor de cambio de una mercancía es igual al tiempo de trabajo que contiene —teoría-trabajo del valor—. Si existe la plusvalía es porque el empresario remunera al trabajo por su valor de cambio y no por su valor de uso.

En la teoría marxista del valor es el valor de uso del trabajo el que determina el valor de cambio de las mercancías. La teoría de los precios de producción divide este valor de uso del trabajo en dos partes, una que percibe el trabajador —el valor de cambio— y otra detenida por el empresario: la plusvalía. Y para Marx la cantidad de plusvalía producida por cantidades diferentes de capital debe estar "ceteris paribus" en proporción directa con la cantidad de capital variable que contienen.

Si "r" es tasa de ganancia no lo es en el sentido de Marx, sino que es más bien identificable al tipo de interés o, mejor aún, a la productividad o eficacia del capital, y la formulación entronca directamente con la teoría del fondo de salarios dentro de un planteamiento capitalista. En la teoría marxista de los precios de producción sólo en un equilibrio a largo plazo —situación puramente ideal— se uniformizan las tasas de ganancia de los distintos sectores productivos, y a este respecto es bien sintomática la planificación económica soviética al fijar distintos plazos de "re-

cuperación de la inversión" para sectores diferentes.

Si "r" es la tasa de plusvalía - como puede sospecharse al no considerar el capital fijo— tampoco lo es en el sentido de Marx, donde la tasa simple de plusvalía P/v tiene un valor real de proporción entre el trabajo "pagado" y el "no pagado" y la tasa anual de la plusvalía P_{a}/v tiene en cuenta el número de vueltas que el capital variable da en un año.

El tratamiento de "r" como tipo de interés compuesto implica necesariamente la consideración de la "cantidad de capital" como concepto económico.

Por consiguiente lo más que puede admitirse es que los precios de producción dependen de la cantidad de trabajo socialmente incorporado, pero difieren del valor-trabajo marxista formulado en términos reales de carácter atemporal.

En definitiva, se puede afirmar que el artículo que comentamos supone tan sólo un ejercicio analítico de aplicación de la teoría trabajo del valor al equilibrio económico general, con las importantes restricciones, entre otras, de identificar precios medios de producción y precios de mercado, no considerar la existencia de capital fijo, admitir una tasa uniforme de ganancia y suponer conocidos los períodos de producción de cada parte componente del proceso productivo final.

Coincide con Marx en parte del planteamiento, pero no es en ningún caso una formulación analítica de los sistemas de valores relativos de la teoría marxista pura si entendemos por tales los "valores de cambio". Al no plantear el tratamiento que deba darse al capital fijo aporta poca luz a la controversia indicada al principio.

J. G. P.

SCHUMPETER, J. A.: *El Manifiesto comunista en sociología e in economía*. "L'Industria", núm. 2, 1963.

Deseo señalar, dice el autor, que no se trata de un ensayo de marxología. Intenta SCHUMPETER "situar la posición del manifiesto comunista en la historia de la sociología y la economía, y en el ámbito de la obra científica del propio Marx". Desde este punto de vista, comienza SCHUMPETER el análisis. El prefacio de ENGELS a la traducción inglesa del Manifiesto - Londres, 1888-- aclaró sin lugar a dudas que no puede ser definido éste como el manifiesto de un partido comunista; el grupo comunista que "encargó" a MARX y ENGELS la elaboración del "programa" no constituía

en forma alguna lo que se entiende comúnmente por partido. Estaba integrado sobre todo por individuos aislados, prevalentemente intelectuales, era numéricamente insignificante y —dice SCHUMPETER— "no resulta que ejerciera ninguna influencia en el contenido del Manifiesto".

En cuanto al calificativo --comunista-- es precisamente el afán de distinción con el socialismo, que había dejado de ser un movimiento revolucionario, y sobre todo con los socialistas "utópicos", el origen de la decisión en pro del "comunismo burdo, puramente instintivo

vo" que constituía, según MARX, la ideología de al menos una parte de la clase trabajadora.

Por otra parte, ENGELS, dice SCHUMPETER, no quería reivindicar para el Manifiesto ninguna importancia causal en el curso de la historia social; no habría podido hacerlo - y este punto de vista es importante - sin contradecir la interpretación marxista de la Historia. Para ENGELS el Manifiesto "no sólo refleja hasta cierto punto la historia del movimiento moderno de las clases trabajadoras", sino que es también "el mensaje en el cual se reconocen millones de trabajadores desde Siberia a California". Esto debe ser entendido en el sentido de que el Manifiesto interpreta correctamente la historia del moderno movimiento de las clases proletarias, hecho éste - dice SCHUMPETER - "evidentemente falso, porque aparte de otros motivos, la creciente importancia social y política de los trabajadores ha sido el resultado del aumento de los salarios reales por cuébeza, siendo, por tanto, consecuencia de un desarrollo cuya posibilidad negó explícitamente el marxismo (especialmente en 1848)." "Debe ser entendido también - prosigue SCHUMPETER - en el sentido de que la ideología del proletariado, o de una gran parte de él, estaba correctamente expresada (en 1848) por la ideología de la lucha de clases del Manifiesto; pero está claro que la afirmación no es válida para la mayoría de los trabajadores..."

Considera SCHUMPETER necesario examinar atentamente el problema en los siguientes párrafos; en ellos llega a la conclusión de que las masas, y en particular los Sindicatos, estaban poco dispuestos a aceptar la filosofía de la lucha de clases del Manifiesto "...las masas se dieron cuenta de que la ideología marxista no era auténticamente suya,

sino que estaba impuesto por intelectuales que habían aceptado la opinión de otros intelectuales sobre cómo debería ser su ideología" (subrayado en el texto).

Tras este análisis que pudiéramos llamar "ambiental" del Manifiesto, va SCHUMPETER a diseccionar éste en el resto de su artículo. Se dedicará sobre todo - dice - a la primera parte, no porque las otras carezcan de importancia, sino porque atañen más a la historia del pensamiento político que a la del análisis económico. Por ello, sólo una breve mención va a realizar de algunos puntos de vista, en ciertos casos puramente anecdóticos, como es su ironía ante la afirmación de que "los comunistas desdeñan la ocultación de sus opiniones e intenciones, o la interpretación de la necesidad experimentada por MARX de exponer un programa de acción coordinado con la "clamorosa retórica" anterior.

El núcleo del artículo de SCHUMPETER va a centrarse, pues, en la primera parte, en un intento de análisis científico. A efectos metodológicos, introduce la distinción entre "sociología económica", descripción e interpretación de las instituciones económicas, incluidas las costumbres y las diversas formas de comportamiento y "economía" o "análisis económico en sentido estricto" - descripción e interpretación de los mecanismos económicos que operan en cada estado de dichas instituciones.

Tras una somera exposición de la teoría marxista de la interpretación económica de la historia y de la superación que supone, en cualquier caso, sobre teorías como la del progreso general de la mente humana, afirma SCHUMPETER que "fue una importante contribución a la teoría del comportamiento económico y político y una superación del individualismo acritico, aunque pode-

mos no estar dispuestos a aceptarla tal como es”.

La teoría marxista de las clases sociales —“la historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora ha sido la historia de la lucha de clases”— no supone —dice SCHUMPETER— ninguna novedad para los sociólogos o los economistas. Pese a ello —prosigue—, los marxistas tienen razón cuando sostienen que la citada frase contiene el principio de una teoría del proceso social, nueva y específicamente marxista, teoría que puede ser reducida a tres puntos esenciales.

En primer lugar, las clases de MARX están definidas exclusivamente en términos económicos. El error de esta interpretación es claro para SCHUMPETER: tan claro que no lo rebate, aunque pone en guardia al lector en torno a un importante elemento de verdad contenido en ella: “ninguna clase puede conservar una posición superior a la del proletariado, sin un cierto, aunque sea modesto, complemento económico por el cual está generalmente dispuesto a luchar y cuyo aumento o disminución está relacionado, en la mayor parte de los casos, al aumento o disminución de su importancia social”.

En segundo lugar, es característico de la teoría de las clases de MARX que las relaciones entre ellas, determinadas por la estructura de la producción, están vistas exclusivamente como relaciones antagónicas. El investigador que intente algo más que un juicio de valor —dice SCHUMPETER— no puede plegarse a una proposición de este género que es, claramente, un postulado ideológico.

“El complejo entramado de las relaciones individuales y de grupo contiene, al menos, tantos hilos de color cooperativo como antagónico, y otros cuyo color varía según las circunstancias.”

En tercer lugar, fue precisamente esta

concepción de la naturaleza de las clases y de sus relaciones recíprocas, el pilar del concepto marxista de la Historia. Desde este punto de vista —afirma SCHUMPETER—, aunque se rechace la teoría de las clases sociales de MARX, la idea de hacer de éstas y de sus relaciones el fundamento del proceso histórico, podría resultar válida analíticamente.

La teoría marxista del Estado supera el concepto acientífico de creación de una entidad metafísica llamada el bien común, que ha estado en la base de las teorías económicas. En tanto que se aceptaba que para captar la realidad económica era preciso partir del interés del empresario, no se aceptaba el hecho, igualmente obvio, de que para conocer la realidad política y las decisiones políticas que influyen en la vida económica, era necesario partir del interés del político. Fue, por tanto, un gran mérito científico de MARX el haber introducido la teoría del Estado en la esfera del análisis realístico.

Sin embargo, dice SCHUMPETER, tampoco en este caso puede ser incondicional este reconocimiento. Los posteriores desarrollos marxistas y leninistas no hacen sino reemplazar una ideología por otra. La política, tal como es, no puede ser entendida si no es partiendo del análisis del grupo político, y considerando entonces que, aunque no falten casi nunca las relaciones sociales entre las clases (no las marxistas), tal relación no expresa casi nunca toda la verdad.

El primer punto estrictamente económico que trata MARX —dice SCHUMPETER— se resuelve en un panegírico de las conquistas de la burguesía que no tiene parangón en la literatura económica. El papel revolucionario y creador del empresario innovador, la incidencia de esa revolución económica en la estructura política y social (“el capitalis-

mo dice SCHUMPETER— ha sustituido el tradicionalismo idílico del melioro por la inseguridad general, tanto para el burgués como para el empresario”), la tendencia a la empresa de grandes dimensiones y la continua deterioración de las condiciones propias del capitalismo por la lógica del sistema. (“Es este elemento el que, según MARX, explica la incapacidad del capitalismo, no probada en la realidad, para hacer lo que podrían hacer las sociedades precedentes: nutrir a sus propios esclavos y siervos”), son otras notas

constitutivas del Manifiesto, el cual dice SCHUMPETER, “revela un conocimiento técnico de la economía inferior al que estaríamos dispuestos a atribuir a MARX en 1847”.

Fue entre 1850 y 1860 cuando llegó a ser un economista —dice SCHUMPETER—, y uno de los más cultos que hayan existido. Sin embargo, nada esencial le fue añadido o quitado en la obra posterior de MARX. El Manifiesto es, pues, el prelude de la totalidad de la obra de MARX; fue un programa de investigación.—P. O.

RÖPKE, W.: *La posizione dell'Europa nel mondo d'oggi*. “Economia Internazionale”, mayo, 1963.

Comienza RÖPKE este artículo —texto de una conferencia pronunciada en Génova el 14 de marzo de 1963— parafraseando la afirmación de Marshall sobre la dificultad que suponía ser un patriota, como economista, y mantener al propio tiempo una reputación. En el momento actual —dice RÖPKE— “es muy difícil para un economista ser un buen europeo y tener, simultáneamente, reputación”.

El economista, dice, tiene muchas cautelas que oponer al Mercado Común, en orden al equilibrio o predominio de sus aspectos positivos o negativos. “El gran público se deja influir, sobre todo, por aquello a lo que llamaré el entusiasmo político, y no presta suficiente atención a nuestros razonamientos de economistas, un poco drásticos y desconfiados.”

El Mercado Común, dice RÖPKE, muy bien pudiera comportar frente a lo pretendido, un elemento desintegrador de Europa. La paradoja de tal resultado

puede ser la consecuencia del hecho de que las actuaciones del Mercado Común, y la noción de supranacionalidad que propugna, difícilmente pueden ser aplicadas a toda Europa. De esta forma, lo que debiera ser un factor de unión, muy bien pudiese llegar a serlo de destrucción.

Desde este enfoque primario, lanza el profesor RÖPKE un durísimo ataque ante la ideología informadora de un cierto tipo, al menos, de tendencias integracionistas que pretenden violar los naturales elementos diferenciadores de Europa. Difícilmente puede haber una definición más gráfica, y más representativa, por otra parte, de una mentalidad personal, que la siguiente: “Mucho tememos que el Mercado Común se transforme en el rulo que nivele, centralice y pulverice; un instrumento de la americanización de Europa.”

Prosigue RÖPKE, en los siguientes párrafos, profundizando en el análisis del problema, y destacando las diferen-

cias que existen entre el Zollverein prusiano y el Mercado Común, diferencias que, a su juicio, imposibilitan la elaboración de unas analogías entre situaciones históricas diversas y, por tanto, impiden establecer "a priori" una diagnosis predeterminada de resultados.

Un gran error del Mercado Común, dice RÖPKE, está constituido precisamente por aquello, que se presenta como una gran virtud; la confusión de política y economía.

Tal politización de la economía es el origen, para el autor, del regionalismo cerrado, cuya esencia dificulta la universalización, frente al regionalismo abierto de la O. E. C. E. y la U. E. P. Esta es, también, la causa de los graves problemas que se plantean en la actualidad cuando se consideran las consecuencias del M. C. para terceros países.

"Conviene distinguir — para aclarar las cosas— entre tres casos en los que se hace sentir más intensamente el conflicto entre el regionalismo del M. C. y el universalismo de la economía mundial. 1.º El conflicto en el sector industrial. 2.º En el sector de la agricultura no tropical. 3.º En la agricultura tropical."

En el primer caso, la aclimatación de las industrias hace que no sean desesperadas las esperanzas de liberalizar las relaciones externas. El problema se presenta más grave en el campo de la agricultura no tropical. "Es preciso reconocer francamente que este conflicto originará las más graves consecuencias en los terceros países interesados, y no puede preverse cómo se podrán evitar tales consecuencias si se aplicase realmente el mecanismo del Mercado Común."

En el último caso, existen las mejores posibilidades para evitar efectos discriminatorios, como consecuencia de la

falta de producción en Europa de los productos de la agricultura tropical, con alguna excepción como el arroz. Sin embargo, también en este caso, la política se mezcla a la economía como consecuencia del trato preferencial dado a algunos países tropicales.

Termina el profesor RÖPKE con algunas reflexiones en torno a la posición de Europa en el mundo de hoy. Existen, dice, dos tipos de desequilibrio fundamentales: c) la desproporción entre la reconstrucción económica y financiera de Europa y su peso político y militar en el mundo de hoy; b) la desproporción básica, aunque conocida, entre la potencia económica, cultural e intelectual de Europa y el minúsculo "quantum" de hombres, superficie y recursos naturales sobre las cuales está basada dicha potencia cultural.

Estas desproporciones son la consecuencia de la ampliación de la cultura occidental, que ha llegado a constituir el modelo para todos los países. Pero "el espíritu de una civilización no puede separarse de sus raíces que son, en nuestro caso, el cristianismo, el humanismo y todos sus derivados." La separación de las formas exteriores de una cultura —civilización— de sus raíces puede producir, y de hecho lo hace, una situación peligrosa para el hombre. "Existe el riesgo de que una occidentalización del mundo se limite a la difusión de una pseudo-cultura materialista. "De aquí, termina el profesor RÖPKE. la responsabilidad implicada para Europa en cuanto a las consecuencias de la adopción de una determinada política económica. Se necesita, termina, una organización internacional de la economía que no cierre la puerta y que deje intactas las relaciones económicas y, al tiempo, intelectuales, entre Europa y el resto del mundo." —P. O.

MORGENSTERN, O.: *La validita delle statistiche riguardanti il progresso economico ed i iussi di progresso*. "L'Industria", núm. 2, 1963.

Uno de los fines de las políticas económicas actuales está constituido por el mantenimiento de una tasa satisfactoria de progreso económico. Se trata de obtener un más elevado nivel de vida para las poblaciones, pero también de determinar los resultados de la pugna con la Unión Soviética.

Trata, en este artículo, MORGENSTERN de analizar el significado de progreso económico, del problema de la exactitud y fiabilidad de las estadísticas relativas al progreso y de las dificultades que hallan los que usan tales informaciones. Discutirá, por fin, los problemas relativos a las comparaciones de las tasas de desarrollo en diversos periodos y en distintos países para el mismo período.

Tras exponer la conocida complejidad del concepto de progreso y las magnitudes más apropiadas para expresarlo, entra MORGENSTERN en el análisis de la exactitud de los datos representativos. Se va a ocupar sólo de los incrementos del producto nacional bruto real, cuya fiabilidad depende, evidentemente, no sólo del rigor de los datos representativos del producto nacional bruto, sino también de los que expresan los precios usados para deflacionar las series.

El lector, dice Morgenstern, estará de acuerdo en que es imposible establecer una tasa de progreso atendible de dos cifras significativas. Pero incluso la primera cifra es enormemente incierta, como demostrará después. "La controversia se centra, sobre todo, en la segunda cifra —normalmente al primer decimal—, y tiene lugar con toda seriedad como si fuese posible, efectivamente, distinguir, por ejemplo, en-

tre 3,2 por 100 y 3,3 por 100, y como si el paso de la primera a la segunda cifra, a corto plazo, constituyese un progreso para el país, ofreciese seguridad de progreso en la competencia internacional, etc. Sabemos, dice MORGENSTERN, que los diversos países se han desarrollado y que, en periodos, lo han hecho unos más que otros. Pero tales observaciones y afirmaciones sólo se pueden hacer en certeza desde la perspectiva cualitativa y en periodos largos.

En demostración de sus asertos, incluye MORGENSTERN un cuadro en el que se expresan las tasas de progreso tal como se calculan normalmente, pero para variaciones del 1, 3 y 5 por 100, en más o en menos, de los datos básicos. Las variaciones que se obtienen en las tasas de crecimiento según cual sea el error aceptado son fuertísimas, llegando, por ejemplo, del 1,8 al 12,5. "Este simple ejercicio aritmético, unido al hecho indiscutible de que los datos finales del producto nacional bruto y de la renta nacional no pueden, con toda seguridad, estar exentos de errores, plantea el problema relativo al valor del cálculo de las tasas de progreso."

En otra tabla incluye MORGENSTERN los resultados para el caso de las tasas anuales acumulativas, llegando a la conclusión análoga de que su utilidad no aumenta.

Pero existe, además, el problema de la elección del año base, decisión que, aparte otras razones, abre el camino a lo que podríamos llamar la picaresca de los elaboradores guiados por razones extraeconómicas. Incluye, por ejemplo, MORGENSTERN la siguiente tabla, que exponemos por su brevedad:

TASAS ACUMULATIVAS DE PROGRESO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Producto nacional bruto en dólares, 1954

Progreso del	Tasa
1949 a 1960	3,7 anual
1950 a 1960	3,3 "
1954 a 1960	3,2 "
1955 a 1960	2,3 "

Algo análogo ocurre cuando se trata de la comparación entre diversos países. Como resumen, dice MORGENSTERN, "no existe ninguna posibilidad de hacer concesiones cuando se trate del uso científico de las tasas de progreso. Tal como existen en la actualidad, no tienen valor a los fines de los usos im-

prescindibles para los cuales deben ser empleados. O, en otras palabras, el uso exacto de las "tasas de desarrollo" es absolutamente inadmisibles, no sólo para comparaciones entre los diversos países, sino incluso con fines de comparación entre diversos períodos breves dentro del mismo país.

Como resumen, podemos decir que el artículo reseñado, si bien no aporta nada nuevo al concepto que tiene el estudio de la utilidad y fiabilidad de las tasas de desarrollo, comporta una llamada al orden siempre oportuna y eficaz. Hubiera sido interesante un análisis de las consecuencias de las realidades expuestas por MORGENSTERN a efectos de planificación: por ejemplo, en cuanto a la utilización de la relación capital producto. P. O.